



# Ojos de Lechuza o Cara de Pescadilla

LUISA VILLAR LIÉBANA

**SUPERCHARLI DETECTIVE Y SU ROBOT**



**edebé**



# Ojos de Lechuza o Cara de Pescadilla

**SUPERCHARLI DETECTIVE Y SU ROBOT**

Luisa Villar Liébana

# Ojos de Lechuza o Cara de Pescadilla

Ilustraciones: Álvaro Núñez

**SUPERCHARLI DETECTIVE Y SU ROBOT**



**edebé**

© Luisa Villar Liébana, 2014

© Ed. Cast.: edebé, 2014  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebé.net

*Directora de la colección:* Reina Duarte  
*Editora de literatura infantil:* Elena Valencia  
*Diseño gráfico de las cubiertas:* César Farrés  
*Ilustraciones:* Álvaro Núñez

1ª edición, septiembre 2014

ISBN 978-84-683-0925-5  
Depósito Legal: B. 11143-2014  
Impreso en España  
Printed in Spain  
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# Índice

1. En el súper .....	7
2. En el Chuli-Pollo .....	25
3. Robi .....	43
4. Un comportamiento extraño .....	61
5. Ojos de Lechuza .....	81

# 1

## En el súper

Todo empezó cuando Charli salió de casa para comprar una lechuga. Era la hora de comer y faltaba lechuga para la ensalada.

—Anda, Charli, cielo, ¿puedes ir?

Aquella era la señora Marga, que con cuatro palabras te fastidiaba lo que estuvieras haciendo. A Charli no le importaba acercarse al supermercado, solo que estaba intentando arreglar el robot.

—Date prisa, cielo, anda, que vamos a comer.

Salió al súper, unos portales más allá de la casa, y ocurrió algo muy extraño.



No utilizó una cesta ni un carrito. Se fue directo a las lechugas, y esperó su turno en la cola de la caja registradora. Todo normal. Hasta que, al entregarle a la cajera el billete de diez euros que llevaba para pagar, en lugar de devolverle el cambio, gritó:

—¡Así que eres tú, eh, mocoso! ¡A ti te estaba esperando yo! ¿Qué te has creído? ¡Mira, no levanta un palmo del suelo y lo que es capaz de hacer el muñeco!

Aquellas palabras se clavaron directas en el corazón de Charli. Eran difíciles de digerir, incluso más que los interrogatorios que vinieron después. Interrogatorios de la propia cajera, del guarda de seguridad, de la señora Marga, de su padre, y hasta de la policía.

Para empezar, él no era un mocoso ni un muñeco, y tampoco era cierto que





no levantara un palmo del suelo. La señora Marga a veces le decía que estaba un poco esmirriadillo. Pero a sus nueve años, aunque delgaducho, de ropa gastaba una talla normal, y en cuanto a las deportivas, lo mismo. La cajera, ¿dónde tenía los ojos?

Lo peor vino después. La chica aireó el billete, lo arrugó y estiró como si se tratara de tela o chicle, señaló una línea con el dedo, y gritó:

—¡Has intentado pasarme un billete falso!

Charli se quedó estupefacto. La condenada cajera no tenía miramiento. Se dio cuenta de que su cara se parecía a la de una pescadilla. Sí. Tenía cara de pescadilla, y por lo visto estaba dispuesta a arruinarle el día.



Le había entregado un billete de diez euros, pero no falso. Salvo que la señora Marga, que se lo había suministrado, fuese una falsificadora, y nada más lejos. La señora Marga no tenía el suficiente cerebro para algo así.

—¡Vaya con el niño! ¿Quién te enseña estos truquitos? ¿Tu papá te los enseña? Eh, ¿no sabes que cuando timan a una pobre cajera, a una trabajadora como yo, se lo descuentan del sueldo? Quédate ahí quietecito, bonito, que ahora mismo llamo al guarda de seguridad.

¿Quedarse quietecito? Charli estaba paralizado, más pegado al suelo que un chicle bajo la pata de una mesa. La cajera no paraba de gritar lanzándole improperios cada vez más alto, por si alguien no se había enterado todavía. Bueno. Al menos



le había llamado «bonito», y no «mocososo» en esta ocasión.

—Vale. ¿Qué pasa? Yo no he hecho nada —dijo haciendo un esfuerzo para mantenerse tranquilo.

Estaba más nervioso que un flan de gelatina, y seguro que hasta le habían salido dos chapetas coloradas donde más se veían. Estaría hecho un cromo. Le daban ganas de meterse debajo de la caja registradora, pero seguía sin mover ni un músculo.

Y llegó el guarda de seguridad:

—A ver qué pasa aquí.

Cara de Pescadilla lo repitió dos veces por si no lo había entendido a la primera. Que el niño, el mocososo este, le había intentado pasar un billete falso por segunda vez.



¿Por segunda vez? Ese era un dato nuevo, se dijo Charli. Que él recordara, la última vez que había comprado en el súper no había pagado con billete, sino con monedas. Tres euros para ser exactos, que le había dado la señora Marga, quien siempre le daba el dinero cuando lo mandaba a los recados.

El guarda de seguridad lo agarró del brazo y tiró de él hacia el despacho del gerente.

—Quietecito, quietecito, ¡eh, chico!

—¡Yo no he hecho nada! ¡Que no he hecho nada! ¡Que yo no he sido! ¡Lo prometo! ¡Que no! ¡Que no! —iba gritando Charli.

Se desgañitó tratando de convencer a todo el mundo de que no había sido él, pero la gente le daba más crédito a Cara de Pescadilla.



—¡Este niño, menudo pillo! —decían las señoras en la cola de la caja.

—Si que empiezan pequeñitos...

Y que había mucho ratero suelto por todos lados.

Aquellas momias con carritos de la compra eran todas unas desalmadas. ¿Y la presunción de inocencia, para cuándo la dejaban?, esgrimió Charli ante el gerente.

—El muchacho se las sabe todas —dijo el segurata.

El gerente le pidió su número de teléfono, y la señora Marga pasó a recogerlo.

Pagaron la lechuga con una moneda, y el súper se quedó con el billete como prueba. Hacía meses que alguien estaba pasando billetes falsos y no habían logrado atrapar al culpable con las manos en la masa, excepto a Charli, claro.



—¡Anda! Di. ¿Cuánto tiempo llevas pasando los billetitos, eh, niño? —fue lo último que le oyó decir a la dichosa cajera.

Por el camino de vuelta a casa, la señora Marga dale con lo mismo.

—¿Qué has hecho, muchacho? ¿En qué nuevo lío te has metido ahora, si puede saberse? Ay, Charli, cielo, es que no se te puede mandar a ningún lado. Y eso que ya tienes nueve años y medio y vas para los diez. Total, solo tenías que comprar una lechuga. ¿Quién te ha dado el billete falso? Anda, dímelo, que no se lo cuento a nadie.

¿¡Que no se lo contaría a nadie!? La señora Marga era una bocazas. De haber sabido Charli quién pasaba los billetes falsos y habérselo contado, ya lo sabría todo el mundo. Además, el billete se lo había entregado precisamente ella.



—Verás cuando llegue tu padre —no dejaba de rezongar.

La gran esperanza de Charli era que llegara su padre. Era detective y sabría cómo arreglárselas para sacarlo de aquel embrollo. Porque Cara de Pescadilla lo acusaba de pasar billetes falsos, y el gerente del súper iba a llamar a la policía.

—Charli, hijo, ven aquí. ¿Qué dice la señora Marga que ha pasado hoy? —le preguntó su padre cuando, al fin, llegó.

¿Era o no una bocazas?

—Es una exagerada —dijo Charli.

—Nada de eso —le riñó Jorge, su padre—. Ella está aquí contigo y cuida de la casa. Si me cuenta las cosas es por tu bien.

—¡Y que lo diga usted, don Jorge!  
—dijo la aludida.





Allí estaba la mujer, mirándolo con ojos de lechuga como a punto de cazar una presa nocturna.

—Calle, por Dios. Espere a ver. Bueno, hijo, cuéntame qué ha pasado en el súper.

Charli se negó a abrir la boca mientras Ojos de Lechuga estuviera presente. Al fin se marchó, cerrando la puerta del comedor con un genio que retumbó en toda la casa, y se metió en la cocina.

—Dice que te mandó a comprar una lechuga y...

—Se la comió ella casi toda —acabó la frase Charli—. Masticaba como un conejo.

A Ojos de Lechuga le iba la marcha de las lechugas, las devoraba. A lo mejor por eso estaba más delgada que un bolígrafo. Y era verdad que masticaba como los conejos.



—Pues sí que la estás poniendo buena. Que si tiene ojos de lechuga, que si parece un conejo. Pobre mujer.

A la pobre le había faltado tiempo para poner a su padre al día en lo del súper. A saber qué le habría contado. Era una sádica.

—Bueno, ya está bien, explícate, Charli —le pidió su padre—. Según la cajera, pasaste un billete falso. Sé que eres un buen chico. ¿Con quién te relacionas? ¿Cómo ha podido suceder algo así? Pasar dinero falso es delito. ¡Como tu madre se entere se nos va a caer el pelo a los dos! Habrá sido un error, un accidente...

Silencio total.

—Sé por mi profesión que a veces las cosas no son lo que parecen. Eres mi hijo, te conozco, y tú no has hecho algo así.



Cuéntame lo ocurrido o no podré ayudarte.

Ese era su padre. ¡Sí, señor! Y Charli confiaba en él.

—La señora Marga dice que en el supermercado se organizó una escandalera.

Charli decidió hablar. Le contó que Ojos de Lechuga lo había mandado al súper con un billete de diez euros, que se lo había entregado a Cara de Pescadilla para pagar y esta se puso a gritar acusándolo delante de todo el mundo. Ah, y que la última vez que compró en el súper, la señora Marga le había dado monedas y no un billete para pagar.

Su padre llamó a la aludida, que salió enfurruñada de la cocina. Ahora la llamaban, ahora la necesitaba el mocoso.

—Pues yo no recuerdo si le di monedas o billete aquella vez —dijo la descerebrada.



Lo que no ayudó sino todo lo contrario. Charli estaba hasta las narices.

En ese momento llamó al timbre un policía vestido de azul marino, al que la mujer abrió la puerta con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡La policía! —gritó eufórica.

«Ahora te vas a enterar, chico. Ahora verá tu padre cómo yo no miento», parecía refunfuñar al entrar en el comedor acompañando al *poli*, con una risilla de conejo.

El policía se limitó a oír el relato. Era jovencito y se llamaba «Lindo» de apellido. A Charli no le cayó mal. Cuando supo lo ocurrido ni siquiera le riñó.

—Y tú, ¿cómo lo ves? —le preguntó a él directamente.

Quería conocer su opinión.



Charli no lo veía nada claro. Le contó la historia, lo de la lechuga y el billete, lo que gritó la cajera y todo lo demás. Y que la vez anterior que había ido al súper había pagado con monedas y no con un billete.

—Dices que la vez anterior pagaste con monedas. ¿Es cierto? Piénsalo. ¿Estás seguro?

Charli estaba seguro. Ojos de Lechuza le había dado tres euros en aquella ocasión.

—¿Y usted qué dice, señora Marga? ¿Le dio tres euros al chico?

Charli miró a la mujer, expectante. Como se le iba la cabeza, no se fiaba de qué le soltaría al *poli*.

—Pues yo no puedo decir ni que sí ni que no —dijo.



El poli lo anotó en su libreta, y puso la mano en el hombro de Charli:

—No te preocupes, aclararemos esto.

—Eso espero —añadió su padre.

A Charli le dio un subidón. Fue como una inyección de moral para su autoestima caída por los suelos. Claro que, luego, el *lindo poli* lo estropeó todo diciendo:

—Cuiden de que el chico no se meta en más líos.

Charli no se metía en líos. Pues sí...

De pronto se le ocurrió algo. ¿Y si la señora Marga le había entregado un billete falso para pagar en el súper? Como el billete se lo había dado ella, si era falso, una de dos: o a la descerebrada le daban todos los billetes falsos del mundo mundial, o era la mafiosa que los pasaba.

¿Y si la mafiosa era Cara de Pescadilla?



Alguien intentaba cargarle el marrón.  
A él, que estaba tan tranquilo intentando  
arreglar el robot cuando le mandaron a  
hacer el recado.

Las cosas no quedarían así.